

Decid, tan arrogantes y encendidos,
—es condición del fuerte la arrogancia,—
velos rasgando, por la luz heridos,

—

cómo vence la luz á la distancia;
cuánto pueden, tan nobles, tan unidas,
la Fe, la Caridad y la Constancia:
¡ las mayores virtudes conocidas!

FUEGO Á BORDO

Un gran vapor navega, de Nueva York á Bremen,
con una hermosa noche, con una mar tranquila;
un gran vapor,—un pueblo que flota y que navega,—
con setecientas almas; ¡ con setecientas vidas!

—

Todo, al andar del buque, le halaga y le sonrío.
La quieta mar, el cielo tan admirable... ¡ todo!
Mas, de repente, suenan, resuenan, fuertes gritos,
que dicen, prolongados: “¡ Hay fuego! ¡ Fuego á bordo!”

—

¡ Qué fuego, tan profundo!—Las hondas calas crujen.—
Con él, ha tiempo, luchan los bravos tripulantes
del gran vapor, su presa; ¡ valientes y callados!,
por no espantar, con voces, al tímido *pasaje*.

—

Mas ya, las llamas, pueden aún más que los marinos,
Ya han roto, poderosas, altivas, sus encierros,
y sobre el largo buque se extienden, formidables,
sin que las venzan, nunca, tantísimos esfuerzos...

—

Con ellas confundidos, los tripulantes saltan.
Por ellas aterrados, los pasajeros corren.
Y aquí y allá se escuchan plegarias y blasfemias;
con unas ansias mismas, con unas mismas voces...

—

En busca de socorros, el buque marcha siempre;
por más que ya no valgan, apenas, los socorros...
¡Y allá, lanzando chispas, aléjase terrible!...
¡Con setecientas almas!... ¡Con setecientos locos!...

SOCORROS DEL CIELO

A la merced del tiempo que las salve,
navegan cinco balsas. Bienhechora,
la brisa vuela, con que el mar bien poco
sus ondas mueve. Por los cielos, brillan
con semblantes amigos, sus luceros,
regalando su luz. ¡Ay de las balsas!
Van muy llenas de náufragos... El aire
va diciendo á la Virgen sus plegarias ...

—

Parece, de improviso, que á los hombres,
las estrellas sonríen. Por Oriente
nace un vivo fulgor, no de la aurora.
La Noche reina. Durará. Bien pronto,
los destellos que apuntan se difunden
con vivísima luz. En los espacios,
aún más alegres tiemblan los luceros.
¿Qué es lo que saben? Venturosos ríen.
¿Qué contemplan, qué admiran, á lo lejos?

Sobre la nueva claridad, tan pura,
 la Virgen se aparece. ¡Cuán gozosos
 los náufragos la admiran y la adoran!
 ¡Es la Virgen, oh, Dios! ¡La Virgen llega,
 sobre nubes de espuma, cuán radiantes!
 Un gran vapor, que rasga el horizonte,
 como evocado por la misma Virgen,
 viene al encuentro de las pobres balsas.
 Otro, al punto, blanquísimo, le sigue.

—

Ya concluyeron las angustias locas.
 ¡Oh, cuán notable tu favor se mira,
 Madre de Dios y Madre de los hombres!
 ¡Oh, Virgen Sacrosanta, siempre Virgen,
 y oh Virgen de los náufragos dolientes!
 ¡Oh, Señora del Mar! ¡*Maris Stella!*
 ¡¡La estrella peregrina de los mares!!
 Cielos, mares y tierras te saludan,
 y te dicen á un tiempo: ¡*Dios te salve!*...

JUANÓN

A FRANCISCO TORO LUNA.

Juanón es un grumete
 de quince primaveras.
Juanón es un *mocete*
 crecido en las riberas
 del mar, junto al pinar.
Juanón es un *trinquete*,
 por firme, por derecho,
 que medra sin cesar;
 un mozo "de provecho",
 que vive satisfecho;
 que goza como siete,
 si vive sobre el mar.

—

Juanón quedó sin padre
 de niño, muy de niño.
 Después, perdió á su madre,

su solo gran cariño,
y agora, volandero,
sin padres, sin hogar,
no quiere más cariño, por firme y duradero,
que el grande y verdadero
cariño de la mar.

—
Mañana mismo, sale
Juanón en su goleta.
Por linda, por coqueta,
no hay otra que la iguale
si cruza por el mar.
No hay otra más galana,
no hay otra más valiente; no hay otra más ufana
de verse tan preciosa.
Por eso no reposa
si empieza á navegar.

—
Con ella sal del puerto,
Juanón. Con ella sigue
por todo el mar abierto,
que tanto la respeta.
¡Si gana su grumete,
más gana tu goleta...!

Bien vayan á la par,
la nave, tan coqueta,
y el mozo tan ufano
con moza tan inquieta.
¡Bien vayan, por un llano
camino, sobre el mar...!

—
¡Adiós, jovial *mocete*!
¡Salud, feliz grumete!
Los más robustos vientos
te infundan sus alientos.
Te valga tu destreza
si el tiempo, despiadado,
feroz en su grandeza,
te hiciere zozobrar.
Por mansas no te engañen las ondas que te mecen.
No olvides á qué sexo las naves pertenecen.
¡No tengas que llorar!
¡No olvides que es coqueta,
por linda, tu goleta!
¡No olvides que son pérfidas las ondas de la mar!

LA GALERNA

A VITAL AZA.

*¡Válganos tu favor!
¡Va á saltar la Galerna!
¡Protégenos, Señor!*

El cielo está plumizo.
La mar palpita, loca.
Desgárranse, crujiendo,
las crestas de las olas.

*¡Válganos tu favor!
¡Va á rugir la Galerna!
¡Defiéndenos, Señor!*

Las nubes son densísimas.
Allá, sobre la costa,
palpitan, asustadas,
las crestas de las frondas...

*¡Válganos tu favor!
¡Ruge ya la Galerna!
¡Protégenos, Señor!*

Y al fin la Galerna desata sus iras,
con horrido estruendo...
Las olas se atacan, saltando.
Las nubes se empujan, huyendo.
Y el aire su impulso redobla
que aterra;
que todo lo parte,
que todo lo rasga, que todo lo dobla,
por mar y por tierra.

*¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo Santo!*

Parece que el viento,
violento,
que males suscita, sin cuento;
que llega
terrible; que zumba, que clama;
que aturde, que ciega,
que silba, que brama;

que rompe las ondas que crujen,
que grita con voces que rugen,
reparte el aliento
de miles de furias,
que, en fiera
salvaje carrera,
sus iras imponen á fuerza de injurias.

*¡Oh, cuadro sombrío!
¡Clemencia, Dios mío!*

La mar se desgarrá, batiendo las rocas.
Sus aguas, tan negras, tan rudas, tan locas,
en tanto sus senos quebrantan
profieren clamores que espantan.
Clamores de angustia, mayores,
ya parten de tierra y al mar estremecen.
Clamores que trémulos nacen;
que en llantos, al fin, se deshacen;
que crecen, y crecen, y crecen...

*¡Oh, cuadro siniestro!
¡Clemencia, Dios Santo, Dios nuestro!*

Las barcas de pesca, perdidas,
del viento batidas,
del mar combatidas,
en vano batallan...
¡Las vencen las furias del aire,
que á modo de truenos estallan!
¿Qué pueden sus pobres pilotos?
De poco les sirve su anhelo.
De poco su brío. De nada su ciencia.
¡Los mástiles rotos
en vano se elevan al Cielo
pidiendo clemencia!

*¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo Santo!*

¡Temblad! No os sonroje
temblar,—oh, mortales,—
que veis, en tan breves momentos,
las iras de Dios, celestiales,
trocadas en rápidos vientos.
Si Dios es clemencia,
bondad que subyuga, suprema delicia,

también es á veces violencia
 que el mundo provoca, ¡suprema Justicia!
 Bien es que á las veces,—á veces el hombre
 maldice Su Nombre,—
 proclame que siempre le acatan
 los vientos que aterran,
 las nubes que rayos encierran,
 los truenos que asordan, los rayos que matan.
 Bien es que revele, por modo sublime,
 su magno poder, infinito,
 que bienes ó penas prodiga.
 Bien es que pregone que el Dios que redime
 también es á veces el Dios que castiga.

—

Por El, en los cielos, sublimes altares,
 irradian los rayos, con luz que deslumbra,
 la luz de Sus Rayos, eterna.
 ¡Por El, á los mares,
 se impone también la Galerna...!

LA DANZA DE LAS NEREIDAS

A FEDERICO ROMERO.

La mar parece quieta laguna.
 Brilla la Luna,
 sin nube alguna.
 La mar esplende. Brilla la playa,
 donde el empuje del mar desmaya...
 Brilla la Luna, blanca, redonda;
 lucen, relucen, aguas y arenas,
 limpias, serenas;
 dunas tras dunas, onda por onda.

—

Grato silencio todo lo ampara.
 Luz deleitosa lo inunda todo.
 Noche tranquila, tan bella y clara:
 todo lo alegras, de alegre modo...
 La luz radiante que dan los cielos
 por ti disfruta, por ti se engríe;

sin manchas torpes, sin torpes velos;
 por ti, serena, serena ríe...
 Con misteriosas risas calladas;
 en el espejo del mar, brillante;
 por sus espumas, todas rizadas;
 sobre la bella costa distante...
 La luz del cielo, sin nube alguna;
 luz de la blanca, redonda Luna...
 Luz de la Luna que en el espacio
 que la regala trono y palacio
 las dulces tintas del iris toma,
 por mar y playa, de peña en peña,
 desde que asoma
 la blanca Luna su faz risueña.

—

■ Cánticos oigo. Cánticos leves,
 de notas gratas, de notas breves...
 Sobre las aguas del mar tranquilo,
 que las ofrecen tan grato asilo,
 blancas nereidas surgen, hermosas;
 con que parece
 que el mar florece,
 que el mar se cubre de blancas rosas.

—

Las ninfas danzan.
 Locas se lanzan
 á grandes vueltas, á grandes giros;
 mientras el aire, sereno y blando,
 se va rasgando,
 —¡ cuán dulcemente!,— con mil suspiros...
 ¡ Oh, las nereidas! Todas suspiran
 en tanto danzan, en tanto giran...
 Entre los rayos
 de luz de plata que dan los cielos;
 con qué donaire, con qué desmayos;
 sin mancha alguna
 de torpes velos;
 como la Luna
 que en tanto sube su luz ensancha;
 también sin velos, también sin mancha.

—

Cánticos suenan.
 Los aires llenan.
 Himnos que encantan, y que enajenan...
 Ora las ninfas, á los destellos, puros destellos,
 de blancas luces, que ciernen ellos,
 tienden al aura blondos cabellos,
 finos y bellos.
 Ora los torsos, torsos divinos,

de senos blancos, alabastrinos,
 con pudoroso rubor sumergen...
 ¡Y á ras del agua risueñas bullen!
 Ya, mientras unas del mar emergen,
 otras sus cuerpos en él zambullen.
 Allá, muy lejos, en lontananza,
 tropel de nuevas ninfas avanza...
 Y en tanto miro,
 cómo las otras, con tanto giro,
 siguen tejiendo su loca danza.
 Sus danzas locas...
 En los dominios del mar, serenos...
 Mientras el agua tiembla en sus senos,
 mientras la Luna besa sus bocas...

—

Voz que conmina,
 voz con acentos de voz divina,
 suena en los aires, intensamente.
 La voz tonante del Dios Neptuno...
 Dios importuno,
 que tanto gozo juzga imprudente;
 que sobre el quieto mar se adelanta,
 y á las nereidas, al fin, espanta
 con su Tridente.

—

Desparecieron las ninfas todas.
 La mar parece quieta laguna.
 Como alumbrando felices bodas,
 de seres mágicos, brilla la Luna.
 Neptuno pasa, y allá, en la orilla
 del mar tranquilo, desaparece.
 La mar reluce. La Luna brilla
 como una rosa que maravilla;
 rosa de luces, que en luz se mece;
 que en luz florece...

—

Los lindos cantos que agora suenan,
 cantos que hechizan y que enajenan,
 son *barcarolas*.
 Junto á la playa,
 donde su inmenso poder desmaya,
 la mar las dice, con mansas olas...

—

¡Oh, las nereidas, al leve rayo
 de luz de Luna, que el cielo envía!
 ¡Cuál, entre tantas,—¡rosa de Mayo!,—
 cuál me amaría?